



La biblioteca o librería general
del Colegio de la Compañía de Jesús en Zacatecas
*The library or general bookstore
of the Colegio de la Compañía de Jesús in Zacatecas*

Emilia Recéndez Guerrero
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9266-6285>
Universidad Autónoma de Zacatecas
Correo: emiliarg68@hotmail.com

Resumen: El ensayo pretende comprobar que en el Colegio de la Compañía de Jesús en Zacatecas, existió una biblioteca o librería general de la cual hay pocas evidencias en los repositorios, así como dar cuenta de los libros que se localizaban en la misma y hacer un breve comparativo con los que se encontraron en los aposentos de los miembros de la Compañía. El conjunto de libros se dispersó a partir de la expulsión de los jesuitas en 1767 y, a pesar de las vicisitudes, algunos perviven en la biblioteca Elías Amador de la ciudad capital.

Palabras clave: Librería, biblioteca, libros, jesuitas, colegios, Zacatecas

Abstract: The essay aims to prove that in the Colegio de la Compañía de Jesús in Zacatecas, there was a library or general bookshop of which there is little evidence in the repositories, as well as to give an account of the books that were located in it and to make a brief comparison with those found in the rooms of the members of the Society. The collection of books was dispersed after the expulsion of the Jesuits in 1767 and, despite the vicissitudes, some survive in the Elías Amador library in the capital city.

Keywords: Bookstore, library, books, Jesuits, schools, Zacatecas

Introducción

En Zacatecas, como en otros lugares de la Nueva España, la expulsión de los jesuitas en junio de 1767 fue el inicio de la dispersión de un cosmos, un orden que se fue construyendo por más de siglo y medio en torno al cual giraban las actividades educativas, culturales y pastorales de ese centro minero que llegó a constituirse en una de las ciudades más importantes del territorio novohispano gracias a su riqueza argentífera.

El 27 de junio de ese año, los jesuitas que habitaron el claustro zacatecano iniciaron —no por voluntad propia— un largo camino hacia el destierro, cuyo primer punto sería Orizaba, en Veracruz. Mientras ellos caminaban rumbo al exilio, el escribano José Francisco Escobar iniciaba desde el día anterior, 26 de junio de 1767, el levantamiento de un detallado inventario, primero de los aposentos de los religiosos, luego del edificio en general y, posteriormente, del templo, con sus ornamentos, retablos, pinturas, esculturas y objetos sagrados; lo hacía, siguiendo —dentro de lo posible— las instrucciones que desde España había girado Pedro Abarca Bolea, conde de Aranda, quien era el presidente del Real Consejo nombrado para la expulsión de los jesuitas.¹

El sargento Felipe de Neve, comisionado para la expulsión en Zacatecas, supervisaba que todo se llevara a cabo en consonancia con las indicaciones. Dichas instrucciones ordenaban que todo quedara en su lugar en tanto se levantara el inventario y se decidiera el destino de lo que había sido de los ignacianos.

Gracias a esos inventarios es que ha llegado hasta la actualidad valiosa información sobre el acontecimiento de la expulsión: los bienes muebles e inmuebles, los objetos sacros y los libros que poseían los discípulos de Loyola, así como las diversas actividades que realizaban en cada lugar donde tuvieron un asentamiento, fuera colegio, claustro, misión o seminario. Este ensayo se refiere

¹ Algunos de los textos que brindan suficiente información sobre las causas y la expulsión de los jesuitas en territorio español son: Teófanos Égido e Isidoro Pinedo, *Las causas gravísimas y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994; Pilar García Trabot, *La expulsión de los jesuitas*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1992; Araceli, Gulgiere Navarro, *Documentos de la Compañía de Jesús en el Archivo Histórico Nacional*, Madrid, Razón y Fe, 1967; Emilia Recéndez Guerrero, *Zacatecas: la expulsión de la Compañía de Jesús (y sus consecuencias)*, Zacatecas, Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”/Universidad Autónoma de Zacatecas, 2000; Emilia Recéndez Guerrero, *Legado de la Compañía de Jesús a un centro minero: Zacatecas (1592-1767)*, Zacatecas, Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”/Universidad Autónoma de Zacatecas/SPAUAZ, 2013.

específicamente a Zacatecas y es parte de un proyecto de largo aliento, cuyo objetivo general es reconocer el legado que la Compañía de Jesús dejó en este centro minero, a través de sus prácticas religiosas, pedagógicas, sociales, culturales y económicas.

Para esta ocasión se centra la atención en la biblioteca o librería “comunis”² del Colegio de la Purísima Concepción, llamado también Colegio Grande o de la Compañía. Se trata de corroborar, mediante una nueva revisión del inventario levantado en 1767, que sí existió dicha biblioteca, ya que en otros trabajos realizados por quien ahora escribe sobre los colegios jesuitas en Zacatecas, surgieron dudas sobre si en verdad existió una biblioteca general, qué libros contenía y cuál era su función o finalidad. De tal manera que la fuente principal de este ensayo es el inventario ya mencionado³ y una bibliografía acorde al contenido.

La intención es aportar nuevos conocimientos a la cultura escrita en Zacatecas, así como a la historia del libro y las bibliotecas, tema que hasta ahora ha sido poco estudiado en este lugar. Revisar el listado de libros y documentos permitirá conocer los fundamentos de la cultura escrita en Zacatecas, ya que esos textos eran el cimiento de las prédicas, sermones, reflexiones y base de la labor pedagógica de los jesuitas, quienes proyectaban a la sociedad novohispana sus conocimientos, ya que fueron los principales educadores en aquella época.

Los colegios de la Compañía de Jesús en Zacatecas

Los cronistas de la Compañía de Jesús⁴ narran que en 1574 vinieron por primera ocasión a Zacatecas cuatro jesuitas en una misión cuaresmal, regresaron en 1578 y en 1590 establecieron una modesta residencia. En 1594 establecieron una escuela de primeras letras con la intención de preparar jóvenes que posteriormente estudiaran gramática.

² En la época Novohispana las bibliotecas eran llamadas librerías, es hasta finales del siglo XVIII en que se les llamó bibliotecas y se utilizaban de manera particular en los conventos; los libros ahí contenidos no tenían un uso público. En este ensayo se les denomina “bibliotecas” y solamente cuando se incorporen citas textuales se denominarán “librerías”.

³ *Inventario del Colegio de los regulares de la Compañía de Jesús en la ciudad de Zacatecas*, en Archivo Nacional de Chile, en adelante ANCH, vols. 273 y 282, Santiago, 1790. También en: Emilia Recéndez Guerrero, *La Compañía de Jesús en Zacatecas: documentos para su estudio*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2010.

⁴ Francisco Javier Alegre, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, Roma, Institutum Historicum Societatis Jesus, 1956; Gerard Decorme, *Historia de la Compañía de Jesús en la república mexicana*, Guadalajara, El regional, 1941; Ernest Burrus, *La Compañía de Jesús en México: cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, México, IHSJ, 1972; Agustín Churruca Pelaéz, *Primeras fundaciones jesuitas en Nueva España (1572-1580)*, México, Porrúa, 1980.

El llamado a los padres de familia para que llevaran a sus hijos a dicha escuela fue escuchado, y para 1599 los jesuitas tenían suficientes alumnos en su institución, de tal manera que para 1602 establecieron los estudios de gramática con 50 alumnos atendidos por dos religiosos.⁵ Así que, gracias a la intensa actividad realizada por ellos en Zacatecas —predica del evangelio, organización de procesiones, impartición de los ejercicios espirituales y, sobre todo, los buenos resultados en la enseñanza de niños y jóvenes de las virtudes cristianas y otros saberes— los habitantes de la ciudad decidieron dotarlos de los recursos necesarios para que se instalaran de manera definitiva en el centro minero.⁶

En concordancia con las instrucciones jesuitas de no fundar ningún asentamiento —claustro, colegio, misión— hasta que se les proporcionara el sitio y los recursos necesarios por parte de los habitantes de los lugares a donde llegaran, en Zacatecas, como en la Ciudad de México y otros lugares, buscaron a los donantes adecuados.⁷ Estos fueron Vicente de Zaldívar y su esposa Ana de Bañuelos. En 1615, él, acatando la petición de ella, dotó a los jesuitas de los bienes necesarios para la fundación y sostenimiento de un colegio al que llamaron de la Purísima Concepción, colegio Grande o de la Compañía; ahí también establecieron su claustro o residencia.

Esta institución permaneció desde su fundación hasta 1767. Los ignacianos impartieron ahí primeras letras, ya que el analfabetismo privaba en la mayor parte de los jóvenes y niños del centro minero, y una vez que contaron con una población alfabetizada, fueron incorporando otros cursos: primero gramática, luego retórica y, en el siglo XVIII, filosofía y teología.

Cabe mencionar que, en el siglo XVII hubo varias crisis económicas en la ciudad debido a la baja en la explotación minera; eso afectó al colegio de los jesuitas, quienes en más de una ocasión estuvieron a punto de cerrarlo. No obstante, los vecinos, concedores de la importante labor educativa que realizaban, se comprometieron a suministrar los recursos suficientes para que eso no sucediera.

⁵ Ignacio Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 297; también en Emilia Recéndez, *Zacatecas: la expulsión...op. cit.*, pp. 32-36.

⁶ *Ibidem*.

⁷ La primera gran donación que recibieron los jesuitas en Nueva España fue la hacienda de Santa Lucía, donada por Alonso de Villaseca en noviembre de 1572. Un trabajo detallado y profundo sobre dicha hacienda es el de Herman Konrad, *Una hacienda de los jesuitas en el México colonial: Santa Lucía, 1572-1767*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

De tal manera que en esa institución se formaron los hombres letrados de la ciudad, tanto los que se integraron a la burocracia civil como aquellos que ingresaron al clero, tanto regular como secular. Las investigaciones realizadas permiten decir que más de cincuenta jóvenes ingresaron a la Compañía de Jesús en el transcurso de siglo y medio.⁸ Así, el colegio de la Purísima Concepción, cumplió con el objetivo que se habían propuesto sus fundadores, consistente en brindar educación a los niños y jóvenes de la ciudad y, como un logro más, preparar a futuros jesuitas.

En la segunda década del siglo XVIII hubo un repunte en la minería zacatecana, la ciudad floreció, hecho que se reflejó también en la educación, así, en 1728 se fundó en el Colegio Grande una cátedra de filosofía, gracias a la dotación de seis mil pesos que hizo el conde de San Mateo Valparaíso, Fernando de la Campa y Cos,⁹ con lo cual los estudios para los jóvenes zacatecanos se consolidaron, sin embargo, para continuar estudios a un grado mayor era necesario acudir a la Ciudad de México o a Guadalajara; ante ello, los habitantes de la ciudad empezaron a solicitar al ayuntamiento el establecimiento de un colegio superior, a fin de que los jóvenes no tuvieran que emigrar. Fue así que iniciaron las gestiones para hacer realidad esa aspiración, con la fundación posterior del Colegio Seminario de San Luis Gonzaga,¹⁰ gracias a la dotación que hizo el jesuita José Francisco Pérez de Aragón.

Después de muchas gestiones y de acuerdo con la tradición jesuita de que los cursos escolares se iniciaran el día de San Lucas,¹¹ el 18 de octubre de 1757, el Colegio Seminario de San Luis Gonzaga en Zacatecas inició sus actividades, albergando a veinticuatro jóvenes. El espacio que ocuparon fue sólo provisional, así como el convictorio o residencia de los estudiantes, quienes tomaban sus lecciones en el edificio del Colegio Grande —hoy Museo Pedro Coronel— de las cátedras establecidas: gramática, filosofía y teología. Así, el Colegio Seminario

⁸ Emilia Recéndez Guerrero, “Formar hombres de letras: el Colegio de la Purísima Concepción o de la Compañía y el Colegio Seminario de San Luis Gonzaga en Zacatecas: siglo XVIII”, en María Guadalupe Cedeño Peguero (Coord.), *Historia de la Educación novohispana y decimonónica, tomo 1*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, A.C./Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2022, pp. 163-186.

⁹ Fue uno de los hombres más prominentes y benefactor de la ciudad de Zacatecas, de quien en otros trabajos se han dado referencias más completas. También en: Frédérique Langue, *Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 24 y 34.

¹⁰ Un trabajo más completo sobre ambos colegios en el artículo de Emilia Recéndez: “Formar hombres de letras”, *op. cit.*

¹¹ Elsa Cecilia Frost, “Los colegios jesuitas en Nueva España”, en Pilar Gonzalbo (dir.) y Antonio Rubial (coord.), *Historia de la vida cotidiana II. La ciudad barroca*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 310.

inició de manera irregular sus actividades. Fue hasta 1765 en que llegó la Cédula Real donde se autorizaba su fundación, quedando legalmente establecido apenas dos años antes de que ocurriría la expulsión.¹²

Inventario de libros y papeles: las instrucciones

La corona española quería a los jesuitas fuera de sus territorios, sin embargo, no deseaba que su ausencia se notara ni que se dispersara el cúmulo de conocimientos que ellos habían concentrado en sus claustros, colegios, seminarios o misiones; había que allegarse aquella riqueza cultural, artística, económica, por lo cual era necesario saber con qué se contaba, de ahí la imperiosa necesidad de hacer listados. Concentrar por escrito los bienes muebles e inmuebles de obras artísticas y objetos de arte sacro, entre otras cosas, en pocas palabras, hacer inventarios y catálogos.¹³

Así, desde que se decidió la expulsión de los discípulos de Loyola de los territorios españoles, las autoridades involucradas giraron indicaciones de cómo debían realizarse los listados de todas las propiedades y lo que en ellas hubiera por más insignificante que pareciera. Dichas instrucciones se fueron ampliando mediante nuevos decretos o cédulas. El 23 de abril de 1767 se expidió en España una cédula real en la que se ordenaba a los distintos comisionados efectuar un inventario documental globalmente homogéneo y detallado, indicándoles que toda nota, papel o libro, debía ser inscrito, clasificado y descrito.

Este documento disponía dividir los libros en impresos y manuscritos, elaborando un índice de lo encontrado en cada aposento siguiendo la siguiente

¹² El acontecimiento es complejo y se da en el contexto de la Ilustración y secularización española, en una nota anterior ya se mencionaron varios textos que han documentado de manera detallada y completa el proceso.

¹³ Sobre la importancia de los inventarios y catálogos, autores como Luis García Ejarque, Maxime Chavalier y Concepción Parada, así como otros historiadores de la cultura, han resaltado la importancia de los inventarios y catálogos en la reconstrucción de la historia de la lectura, de la cultura en general y de la historia de la humanidad. Concepción Parada considera que deben diferenciarse, y define: “un inventario se refiere principalmente a bienes muebles de personas físicas o morales. Es decir que tiene una finalidad claramente administrativa” y “Los catálogos e inventarios en la historia del libro y de las bibliotecas”. Por su parte, Luis García Ejarque señala: “un inventario es un instrumento administrativo o de control, que informa sobre la posesión, la pérdida y la sustracción de bienes, en ellos se puede incluir, valor o precio” en *Diccionario del archivero-bibliotecario: terminología de la elaboración, tratamiento y utilización de los materiales propios de los centros documentales*, Gijón, Trea, 2000, p. 77.

secuencia. En el caso de impresos: apellidos y nombre del autor, título, lugar y fecha de impresión; en los manuscritos: transcribir las dos primeras y las dos últimas líneas, y el número de folios de que constaba, para saber si se trataba de un manuscrito íntegro o no.¹⁴ La tarea que esperaba a los escribanos sería titánica, por lo que nunca podría cumplirse cabalmente, pero sí de manera general. Respecto al acervo documental, se consignarían los siguientes rubros:

- a) títulos de fundación y de propiedad del colegio, adeudos y obligaciones, y concordias o ejecutorias relativas a diezmos; b) creación y promoción de congregaciones; c) informes y correspondencia de procuradores, rectores y provinciales referentes a haciendas, caudales, intereses, permutas, contratos; d) de gobierno y de disciplina interna de los regulares (es decir, incluidos en las Constituciones), libros de profesiones, correspondencia de los generales y correspondencia de los regulares alrededor de la materia; e) a favor o en contra de Juan de Palafox y Mendoza; f) acerca de Paraguay, o de las expulsiones de Portugal y de Francia, o del motín acaecido en Madrid, o de cualquier otro bullicio; g) correspondencia privada; h) correspondencia literaria.¹⁵

En Zacatecas, como en otros lugares, fue complicado seguir las instrucciones tal y como se señalaban, ya que, según declaró el comisionado Felipe de Neve, “no hay en la ciudad librero capaz o personas letradas que apoyen al escribano José de Escobar para que hagan el inventario de todos los libros”.¹⁶ De ahí que dicho inventario no esté completo, además se aprecian diferencias en la escritura de nombres y apellidos, e inclusive se encuentran discrepancias en el nombre del escribano José Francisco de Escobar.¹⁷

No obstante hay que destacar que ese inventario es muy valioso —aún con las posibles deficiencias y faltantes pues es seguro que no todo sobrevivió—. Su valor radica en que proporciona abundante información sobre los bienes que los jesuitas tuvieron en Zacatecas: edificio principal, hoy museo Pedro Coronel; templo de la Compañía, actualmente Santo Domingo; edificio del Colegio de San Luis Gonzaga, ahora Preparatoria 1 de la Universidad Autónoma de Zacatecas; así como cuarenta viviendas en la ciudad —que no se sabe en manos de quienes quedaron— y tres productivas haciendas: San José de Cieneguillas, Santa Rita de

¹⁴ Araceli Gugliere, *Documentos de la Compañía de Jesús, op.cit.*, pp. XII-XIII.

¹⁵ *Ibidem*, p. XIV.

¹⁶ ANCH, vol. 273, f. 25. También en: Emilia Recéndez, *Documentos de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*

¹⁷ En algunos casos firmaba sólo como Francisco Escobar, en otros como José de Escobar, y en muy pocos con el nombre completo, eso genera muchas confusiones, pues en principio se pensó que eran dos personas distintas, y por ello las discrepancias o falta de concordancia; cotejando la firma, se dispuso la duda sobre el nombre completo del escribano.

Tetillas y San José de Linares, que fueron de las más productivas dentro de las cuarenta y una haciendas que la Compañía de Jesús tuvo en Nueva España.¹⁸

El inventario da cuenta de esos bienes de manera detallada, como se dijo, tratando de seguir las instrucciones lo mejor posible, sin embargo, aquel cosmos era extenso, con propiedades diversas y muchos objetos, documentos, obras de arte, libros y demás, inabarcable para un sólo hombre; de ahí la necesidad de intervención de otras personas —algunas sin la preparación suficiente— lo que derivó en errores e imprecisiones. Aún así, el documento aporta suficientes datos para recuperar la memoria histórica.

Libros en la librería o biblioteca común, libros en los aposentos

Como ya se mencionó, en aquella época, las bibliotecas eran llamadas *librerías*, sin embargo, aquí se utiliza este último término sólo en las citas textuales. Continuando con el tema de los libros, cabe decir que generalmente, la lectura es un gusto que implica elegir o tener un espacio idóneo, ya que, desde hace algunos siglos, la lectura individual y en silencio se fue imponiendo porque permite la reflexión, la introspección. Roger Chartier señala que una de las transformaciones más importantes de la modernidad fue la privatización de la lectura, aquella que se realiza en soledad y en un lugar adecuado;¹⁹ por su parte, Irene Vallejo dice que leer “es un ritual que implica gestos, posturas, objetos, espacios, materiales, movimientos, modulaciones de luz”,²⁰ todo un contexto determinado.

Para los jesuitas, la lectura constituía una de sus principales actividades, sustento de sus prácticas espirituales, pedagógicas e intelectuales, razón por la cual en todos los aposentos se localizó una buena cantidad de libros —inventariados por el escribano y ya estudiados por quien ahora escribe—. ²¹ Los aposentos eran

¹⁸ El tema de las tres haciendas jesuitas en Zacatecas es abordado con más detalle en Emilia Recéndez, “Tres haciendas jesuitas en Zacatecas: siglo XVIII”, en Carlos Zazueta Manjarrez (coord.), *Seminario Religión, creencias y secularización en el noroeste de México*, Culiacán, El Colegio de Sinaloa, 2022, pp. 57-90.

¹⁹ Roger Chartier, “Las prácticas de lo escrito” en Philippe Ariés y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada t. 3. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurusminor, 1999, p. 130.

²⁰ Irene Vallejo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Barcelona/México, Siruela, 2021, p. 18.

²¹ En Emilia Recéndez, “Bibliotecas particulares de los jesuitas...”, *op. cit.*, pp. 237-250.

espacios amplios y con la suficiente luz necesaria para realizar la lectura, ya que la mayoría de los jesuitas la practicaban de forma tanto individual como colectiva.²²

Así, se encontró que por lo menos en el Colegio Grande o de la Compañía sí existían los dos tipos de bibliotecas o librerías: las particulares, constituidas por los libros que cada jesuita tenía en su aposento y que llevaban consigo a todos los lugares donde les tocara ejercer su ministerio, y la biblioteca general o comunitaria, que podía consultar cualquier jesuita que estuvieran en dicho claustro.

De acuerdo con el inventario levantado por José de Escobar, desde el momento en que hizo el primer recorrido con el comisionado Felipe de Neve, ubicó físicamente la biblioteca comunitaria, la cual describe así: “en el claustro de arriba, cerca de las alcobas, una librería con dos ventanas de rejas de fierro y vidrieras y enseguida un oratorio con una ventana ovalada con rejas de fierro y vidrieras”.²³

En ese primer recorrido no hace alusión a los libros, sino sólo a los estantes o libreros y su ubicación, al respecto escribió: “las librerías de la fachada de enfrente a la entrada, se encuentran completas de libros; sucede lo mismo a las de la tercera, a excepción de unos pocos libros que faltan en una de las casillas, en la casilla vigésima en la que se encuentran nueve tomos solamente y en la coronación de este estante hay otra porción de tomos pequeños que deja una tercera parte de su tabla vacía”.²⁴

Dicha descripción es muy general y confusa, sin embargo, analizando con detalle el inventario, se deduce que se está refiriendo a los libros colocados en los estantes de esa librería que ubicó en el claustro de arriba. En las instrucciones se indicaba que primero debía hacerse el inventario de la librería general y luego los libros que se localizaran en los aposentos de cada jesuita, sin embargo, en el caso de Zacatecas, se hizo primero el de las habitaciones, el cual es más preciso y detallado²⁵ que el inventario general. Sobre el origen de esta biblioteca general o comunitaria ocurrió lo mismo que en otras como la de Durango o la de San Luis Potosí, de las que se sabe poco sobre su fundación e incremento, pues seguramente los libros iban llegando con cada jesuita, puesto que ellos se trasladaban con sus pocos bienes a los lugares que se les asignaba.

Además, Ignacio Osorio Romero escribió que a todo colegio le correspondía tener una biblioteca comunitaria, pues así lo mandaban sus Constituciones: “debían estar los libros necesarios para los estudios: léxicos,

²² Un trabajo donde se aborda con detalle la descripción y reconstrucción de los aposentos, así como de los libros que se encontraron en esos espacios: Emilia Recéndez Guerrero, *Legado de la Compañía de Jesús...*, op. cit., pp. 63-76; y en “Bibliotecas particulares de los jesuitas...”, op. cit., pp. 237-250.

²³ ANCH, vol. 273, f. 26.

²⁴ ANCH, vol. 273, ff. 12 y 13.

²⁵ Como ya han sido descritos u analizados en otros trabajos como *Legado de la Compañía...*, op. cit. pp. 101-103.

comentarios y manuales de retórica y predicación”.²⁶ Este investigador ahonda sobre el tema y señala que ha sido difícil obtener información sobre esas bibliotecas, principalmente de su fondo de origen, porque los propios jesuitas no lo registraron, así como tampoco el posterior incremento de sus acervos documentales y bibliográficos, ni elaboraron catálogos o inventarios de los libros contenidos en ellas.

Tal dificultad se constató con la de Zacatecas, de la que se buscaron indicios en varios repositorios sin encontrar ninguna alusión.²⁷ En cambio, como se ha mencionado, en varios de los aposentos la cantidad de libros que se registraron²⁸ era superior a los que se encontraron en la biblioteca comunitaria o general.

Siguiendo lo documentado por el escribano, respecto al inventario de la librería o biblioteca común, hay un apartado que dice: “libros sin ubicación, son libros manuscritos que de los aposentos fueron trasladados a la librería en la que se inventariaron (sic.)”,²⁹ pero no hay ninguna lista de ellos.

Luego se encuentra el “índice de los libros de inventario en letra gótica y monacal” de los que sólo está el título sin que le siga ninguna lista. Enseguida viene otro encabezado “listado de 84 obras en latín de temas diversos” y en el inventario se encuentran escritos los títulos de los libros —aunque no son ochenta y cuatro, como se verá más adelante—, algunos con ciertas descripciones, como intentando seguir las instrucciones que se dieron para hacer el inventario de libros y documentos, pero ninguno está completo. Aquí se ejemplifica cómo se hizo el registro con un caso: “Un tomo en cuarto que comienza *Cursus Philosophicus* y acaba con *die 15 julij anni*, 1690, con 233 foxas”.³⁰ No hay nombre de autor y de acuerdo con las instrucciones giradas, tampoco se transcribieron las dos primeras líneas ni las dos últimas, sólo las dos primeras palabras. Analizando este listado,

²⁶ Ignacio Osorio, *Colegios y profesores...op. cit.*, p. 65.

²⁷ AHEZ; Archivo General de la Nación México (en adelante AGNM); Archivo de la Provincia Jesuita de México (en adelante APJM); posteriormente en Archivo General de Indias (AGI); inclusive en el Archivo Nacional de Madrid (ANM), donde se localiza valiosa información sobre otros lugares de Nueva España, y en particular de las bibliotecas, como es el caso de la de San Luis Potosí (Martínez, 2004). Para Zacatecas no se localiza nada en dichos repositorios —hasta ahora— la única referencia es el inventario localizado en el ANCH.

²⁸ Como se ha mencionado, análisis de los libros de las bibliotecas particulares ya se ha realizado en: Emilia Recéndez, “Biblioteca particulares de los jesuitas”, *op. cit.*, p. 248.

²⁹ ANCH, vol. 273, f. 125.

³⁰ ANCH, vol. 273, ff. 120-121.

varios libros tienen el mismo título, y en el afán de aprovechar el espacio, se concentraron en tres tablas, en concordancia con el contenido (Tabla 1).

Tabla 1. Listado de los libros en latín

Disertaciones de física	2
Metafísica	3
Filosofía	7
Filosofía racional	2
Nueva filosofía	2
Arte de la filosofía	1
Filosofía Escolástica	3
Física Aristóteles	2
Disputaciones de metafísica	2
Filosofía	1
Filosofía natural	2
Cursos de filosofía	3
Disputaciones sobre filosofía	1
Total de libros	31

Elaboración propia con datos del vol. 273, ANCH.

Los treinta y un libros enlistados — desde el inventario — estaban escritos en latín, lengua utilizada por quienes poseían el saber, y entre las órdenes religiosas destacaban los jesuitas. Ahora bien, ese número de libros para una biblioteca general puede parecer menor, sin embargo, no hay que olvidar lo que señala Julia Domenique:

[...] apenas en el siglo XVII se inició la “sacerdotalización” del clero y consecuentemente su arribo a diversas lecturas todas relacionadas con su preparación: la *Biblia*, el *Nuevo Testamento*, algunos manuales de teología, la *Suma Teológica* de San Agustín, catecismos, algunas obras de los padres de la Iglesia.³¹

Varias de dichas obras se localizaron en los aposentos de los jesuitas que vivían en Zacatecas. Un detalle a considerar es que además estos libros eran de filosofía en sus diversas ramas o vertientes, lo que deja ver que, seguramente, se utilizaban principalmente para la preparación de las clases.

³¹ Julia Domenique, “Lecturas y Contrarreforma”, en Cavallo y Chartier (dirs.), *Historia de la Lectura...*, op. cit. p. 444.

Analizando las tres tablas aquí presentadas, resulta notorio que proporcionalmente hay pocos libros de teología, a diferencia de los aposentos, donde se encontraron en total ciento setenta y cuatro libros de teología en los diversos estantes de las habitaciones —en lo que he llamado “bibliotecas particulares de los jesuitas”—. Haciendo un análisis de los listados de los libros de los aposentos, se tiene que entre los jesuitas que vivieron en Zacatecas predominaban los conocimientos teológicos y filosóficos, acorde con lo que señala Antonella Romano: “la caminata intelectual que funda la superioridad de la teología y que rubrica etapas inferiores, aquellas que organizan los caminos del conocimiento a la filosofía, al derecho, a la medicina a las matemáticas a las humanidades, a la historia de los hombres”.³² En estos listados se percibe aun el fuerte vínculo de los ignacianos con la tradición escolástica.

Tabla 2. Otros títulos

Teología	3
Cursos de lógica	2
Dialéctica	2
Retórica	2
El Cardenal Julio Mazarino	1
Teología mística	2
Disputaciones sobre lógica	1
Lógica Magna de Aristóteles	1
Disertaciones divinas Jesús y María	1
Tratado sobre la admirable Encarnación	2
Total de libros	17

Elaboración propia con datos del vol. 273, ANCH.

Entre los libros ubicados en la librería comunitaria o general no podían faltar aquellos relacionados con la formación de los jesuitas, los que contenían los conocimientos básicos que todo religioso debía poseer, además, como señala Domenique: “Los fondos de las bibliotecas estaban orientados hacia lo práctico.

³² Antonella Romano, “Los libros en México en las últimas décadas del siglo XVI. Enseñanza e imprenta e imprenta en los colegios jesuitas del Nuevo Mundo”, en Perla Chinchilla y Antoniella Romano (coords.), *Escrituras de la Modernidad. Los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamérica-Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 2008, p. 248.

Textos destinados al ejercicio del ministerio (catecismos, sermonarios, manuales de confesores), así como los textos de meditación espiritual, se destinaban a alimentar la reflexión de los hombres de Dios para que gobernasen mejor a su grey”.³³ Eso lo podemos ejemplificar con el listado de la tabla 3, aunque también son pocos con respecto a los que se encontraban en los aposentos, eso ratifica que los jesuitas practicaban principalmente la lectura individual, aquella que se realizaba en el ámbito privado.

Tabla 3. Libros en español

Sermones	12
Cartas edificantes	10
Ejercicios para novicios de la Compañía	23
Prácticas religiosas para los novicios	3
Reglas para la Casa Profesa	1
Total de libros	28

Elaboración propia con datos del vol. 273, ANCH.

Sumando este listado de libros, dan un total de setenta y ocho, y no los ochenta y cuatro que anunciaba el escribano; por lo tanto, hay faltantes o dispersión, lo cual también es explicable porque en medio de la sorpresa que causó lo repentino de la expulsión, y por más hermético y cuidadoso que haya sido el evento, ¿quién podía prestar atención a los libros?

En la revisión del inventario se localizó otra lista titulada: “Libros en idioma extranjero”, son un total de cincuenta y la mayoría están en latín o en alemán. Se transcribe un ejemplo: “Un libro en pasta de folio que se intitula D. Woyter Schatz Kamer, consta de 55 foxas”.³⁴ Nuevamente, el índice está incompleto: no se transcriben las primeras y últimas líneas, ni el nombre del autor, ni el año de impresión, como se indicaba en las instrucciones. Sumando las cantidades de todos los inventarios, se obtiene un total de ciento veinticinco libros que, de acuerdo con el escribano, se localizaron en el espacio que él describió como librería. Se reitera que aparentemente son pocos para una biblioteca general o comunitaria, sobre todo en comparación con los ubicados en algunos aposentos, pues, por ejemplo, en el del padre rector Ildefonso Tello se enlistaron seiscientos noventa y cinco libros, y en la del maestro de aposentos, Juan de Dios Noriega, seiscientos treinta y uno.³⁵

³³ Domenique, Julia, “Lecturas y Contrarreforma”, en Cavallo y Chartier, *Historia de...op. cit.*, p. 446.

³⁴ ANCH, vol., 273, f. 121.

³⁵ Emilia Recéndez, “Biblioteca particulares de los jesuitas...”, *op. cit.*, pp. 247-249.

Estos contrastes inducen algunas reflexiones: 1) en los aposentos se localizaron muchos sermones, panegíricos y cartas edificantes que fueron numerados cada uno como un texto; 2) los títulos de la librería general dan cuenta de una biblioteca hasta cierto punto especializada, no apta para cualquier persona, sólo para aquellos que tenían suficientes conocimientos; 3) muchos libros de los aposentos son muestra de una comunidad lectora —como en todos los lugares donde tuvieron asentamientos—, pues los jesuitas habían incorporado en buena medida las nuevas prácticas en relación con la palabra escrita propias de la modernidad, como señala Chartier: “las nuevas modalidades en relación con la escritura llevaron a los individuos desde el siglo XVI, a construir una esfera privada, de intimidad, a la vez retiro y refugio para el individuo sustraído a los controles de la comunidad”.³⁶

Si bien es cierto que el inventario no fue adecuadamente elaborado, esas listas de libros, tanto de los aposentos como de la biblioteca común o general, ratifican lo que dice Antonella Romano: “la cultura jesuita era una cultura de lo escrito, del libro”.³⁷ Ahora bien, se considera que esos textos eran prioritarios en la preparación de todo jesuita, tanto pedagógica como espiritualmente, en los aposentos, varios tenían más de cinco obras de teología, lo que puede significar que permanecían más anclados a la tradición que a la modernidad. Por supuesto, el tema no se agota aquí y aún pueden hacerse diversos estudios desde la historia de la cultura, la historia del libro o la historia de las bibliotecas.

Dispersión y pervivencia de la biblioteca jesuita

Siguiendo la narración del escribano, él y Felipe de Neve estuvieron a puerta cerrada en el edificio de lo que era el claustro jesuita desde el día 26 de junio de 1767 hasta el mismo mes del año siguiente en que terminó de levantar el inventario, el primero registrando los bienes y el segundo supervisándolo.³⁸ El edificio del colegio de la Compañía quedó cerrado y se reabrió hasta 1786, fecha en que fue entregado a los padres dominicos —sobre esa entrega no se ha localizado el inventario ni los detalles—.

³⁶ Roger Chartier, “Las prácticas de lo escrito”, *op.cit.*, p. 115.

³⁷ Antonella Romano, “Los libros en México”, *op.cit.*, p. 241.

³⁸ ANSCH, *Inventario...*, *op.cit.* y en Emilia Recéndez, *La expulsión de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*

En cambio, el templo se cerró sólo por unos días, y luego se reabrió y fue entregado al vicario y juez eclesiástico Juan Antonio Pérez de Aragón, a fin de cumplir los compromisos que los jesuitas tenían con algunos feligreses; posteriormente fue cerrado y entregado junto con el edificio que fungía como el claustro y colegio de la Compañía a los dominicos.³⁹

Respecto al Colegio de San Luis Gonzaga, sitio donde se albergaba a los estudiantes internos, la orden fue continuar trabajando hasta cerrar el ciclo escolar en diciembre de 1767, pues las instrucciones eran que no se notara la ausencia de los jesuitas; el escribano anotó que se debió dotar de libros y bibliografía a los preceptores seculares que impartirían las clases, tomándolos de aquellos que estaban en la biblioteca general o de las particulares, de tal manera que así continuó la dispersión de libros. Sin bien se supone que la mayoría permanecieron en la biblioteca general o común, porque eso se había ordenado, se observa que no fue así.

En 1786, cuando se entregó a los religiosos de la Orden de Santo Domingo el templo y los edificios de ambos colegios que fueron de los jesuitas, se incluyeron también los libros. En la historia de la Biblioteca de Colecciones Especiales “Elías Amador”, se dice que ellos les impusieron sus marcas de fuego y que permanecieron en el edificio hasta 1831, año en que el Colegio de San Luis Gonzaga fue cerrado. Entonces, los libros fueron llevados al convento de San Francisco de Guadalupe Zacatecas.

En 1832 se fundó la biblioteca pública de Zacatecas con un acervo bibliográfico bastante modesto, por lo cual en 1859 con las Leyes de Reforma y la desamortización de los bienes de la Iglesia se ordenó que dieciséis mil libros procedentes de las bibliotecas de órdenes religiosas fueran llevados a esa biblioteca y, según se ha escrito, entre ellos iban los que habían sido de los jesuitas.⁴⁰ La biblioteca cambió en varias ocasiones de edificio, por lo que muchos libros se perdieron, por descuido, humedad o abandono, sin embargo, y de acuerdo a los registros de la biblioteca Elías Amador, aún se conservan novecientos cincuenta y nueve que eran de los jesuitas.

Cerrando capítulo

Queda comprobado que en el Colegio Grande o de la Compañía de Jesús en Zacatecas sí existió una biblioteca o librería comunitaria. Los libros que la

³⁹ *Ibidem.*

⁴⁰ Josefina Nava Sánchez, “Historia de la biblioteca ‘Elías Amador’ de Zacatecas”, en Idalia García y Pedro Rueda Ramírez, (comp.), *Leer en tiempos de la colonia: imprenta, biblioteca y lectores en la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 309-330.

conformaban son menos de los que existieron en varios de los aposentos de los jesuitas —sobre todo aquellos que tenían alguna jerarquía—. Considerando la reflexión de Chartier respecto a la construcción de “sociabilidades”, con toda probabilidad, estos pudieron haberse leído en voz alta en colectivo y en cualquier espacio: en los aposentos, en los pasillos, en la biblioteca o bien de manera individual; siguiendo aquella regla no escrita que empezaba a permear en las sociedades modernas de tener menos libros en los lugares abiertos de la casa y llevarlos más al ámbito de lo privado.⁴¹

Es indudable que las lecturas entre los jesuitas ocupaban un lugar destacado en su vida cotidiana, eran necesarias para su preparación espiritual y pedagógica, y que cuando se hacía en los aposentos, en lo privado, eran momentos de reflexión individual, alimento de nuevos pensamientos e ideas. Así, se puede afirmar que los libros entre los jesuitas eran objetos preciados, su contenido se discutía, se hablaba, generaban nuevas ideas y seguramente nuevas reescrituras, ya que otra de las principales actividades de los ignacianos fue la de escribir y reescribir, dejar testimonio de sus actividades, huella de sus acciones, gracias a lo cual ahora podemos conocer buena parte de nuestro pasado, nuestras raíces y continuar reescribiendo nuevas historias.

Fuentes documentales

ANCH —Inventario del Colegio de los regulares de la Compañía de Jesús en la ciudad de Zacatecas, fondo Jesuitas, vol. 273 y 283— 1790.

Bibliografía

ALEGRE, Francisco Javier, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, Roma, Institutum Historicum Societatis Jesus, 1956.

BURRUS, Ernest, *La Compañía de Jesús en México: cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, México, IHSJ, 1972.

CHARTIER, Roger, “Las prácticas de lo escrito”, en Ariès Philippe y Georges Duby, *Historia de la vida privada. T.3, del Renacimiento a la Ilustración*, Taurusminor, México, 2001, pp. 115-158.

⁴¹ Roger Chartier, en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, op. cit., p. 143.

- CHURRUCA PELAÉZ, Agustín, *Primeras fundaciones jesuitas en Nueva España (1572-1580)*. México, Porrúa, 1980.
- DECORME, Gerard, *Historia de la Compañía de Jesús en la república mexicana*, Guadalajara, El regional, 1941.
- Diccionario del archivero-bibliotecario: terminología de la elaboración, tratamiento y utilización de los materiales propios de los centros documentales*, Gijón, Trea, 2000.
- DOMENIQUE, Julia, "Lecturas y Contrarreforma" en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el Mundo Occidental*, Madrid, Taurusminor, 2002, pp. 417-467.
- ÉGIDO, Teofanes e Isidoro Pinedo, *Las causas gravísimas y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994.
- FROST, Elsa Cecilia, "Los colegios jesuitas en Nueva España", en Gonzalbo, Pilar (direct.) y Antonio Rubial (coords.), *Historia de la vida cotidiana II. La ciudad barroca*, t. II, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 307-334.
- GARCÍA TRABOT, Pilar, *La expulsión de los jesuitas*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1992.
- GUGLIERE NAVARRO, Araceli, *Documentos de la Compañía de Jesús en el Archivo Histórico Nacional*, Madrid, Razón y Fe, 1996.
- KONRAD, Hernan, *Una hacienda de los jesuitas en el México colonial: Santa Lucía, 1572-1767*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- LANGUE, Frédérique, *Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- NAVA SÁNCHEZ, Josefina, "Historia de la biblioteca Elías Amador de Zacatecas", en García, Idalia y Pedro Rueda Ramírez, *Leer en tiempos de la colonia: Imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, 2010, pp. 309-327.
- OSORIO ROMERO, Ignacio, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- RECÉNDEZ Guerrero, Emilia, *Zacatecas: la expulsión de la Compañía de Jesús y sus Consecuencias*, Zacatecas, Instituto Zacatecano de Cultura "Ramón López Velarde"/Universidad Autónoma de Zacatecas, 2000.
- _____, *La Compañía de Jesús en Zacatecas: documentos para su Estudio*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2010.
- _____, "Bibliotecas particulares de los jesuitas en Zacatecas siglo XVIII", en García, Idalia y Pedro Rueda Ramírez, *Leer en tiempos de la colonia: Imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, 2010, pp. 237-251.
- _____, *Legado de la Compañía de Jesús a un centro minero: Zacatecas (1592-1767)*, Instituto Zacatecano de Cultura "Ramón López Velarde"/Universidad Autónoma de Zacatecas/SPAUAZ, 2013.
- _____, "La expulsión de la Compañía de Jesús en Zacatecas y sus consecuencias", en Fernández Arrillaga, Inmaculada, et al., *Memorias de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Anaya, 2018, pp. 165-174.
- _____, "Formar hombres de letras: el Colegio de la Purísima Concepción o de la Compañía y el Colegio Seminario de San Luis Gonzaga en Zacatecas, siglo XVIII", en Pueguero Cedeño, María Guadalupe, *Historia de la Educación en México vol. 1, Historia de la educación novohispana y decimonónica*, t. 1, México, SOMEHIDE/UMSNH, 2022, pp. 163-183.

- _____, "Tres haciendas jesuitas en Zacatecas: siglo XVIII", en Zazueta, Carlos (coord.), *Seminario: Religión, creencias y secularización en el noroeste de México*, Culiacán, El Colegio de Sinaloa, 2022, pp. 57-90.
- ROMANO, Antonella, "Los libros en México en las últimas décadas del siglo XVI. Enseñanzas e imprenta en los colegios jesuitas del Nuevo Mundo", en Chinchilla Perla y Antoniella Romano, *Escrituras de la Modernidad. Los jesuitas entre la cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamericana/L'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 2008, pp. 241-274.
- VALLEJO, Irene, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Barcelona/México, Siruela, 2021.

